



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Suprecio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 42.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

#### ADVERTENCIA.

Como habrán visto nuestros suscritores, con los números últimos que han recibido, les hemos enviado tambien sus respectivas liquidaciones, con el objeto de que, haciéndolas efectivas, pueda esta Administracion arreglar la contabilidad desde primero de año.

Casi todos han correspondido a nuestros deseos abonando sus atrasos, y por ello les damos las mas expresivas gracias; pero como algunos no lo han hecho aun, no por falta de voluntad sin duda, sino por no haber, quizá, oficinas del Giro mútuo en el punto donde residen, les advertimos que pueden efectuar el pago, mandándolo en sellos de franqueo, pues esto es fácil en todas partes; suplicándoles, sin embargo, que prefieran los de 10 céntimos por ser de uso más corriente.

#### SUMARIO:

**El trabajo**, por don I. Q.—**Á la desconsolada madre de la tierna María**, poesía, por la señorita doña Eloisa Gonzalez.—**Doña Blanca de Castilla**, leyenda, por don F. F. Villabrille. **Fin del año**, poesía por don Gabriel de Enciso y Nuñez.—**El depositario**, por don J. de D. Ruiz.—**Variedades**.

#### EL TRABAJO.

Hace ya algun tiempo nos hemos ocupado en un sencillo artículo del trabajo, considerándole como un castigo impuesto por Dios al hombre por un crimen de familia. Hoy pretendemos examinarle bajo otro punto de vista tambien importante; y es el objeto que se le asigna.

Es un hecho que el hombre trabaja, que el hombre derrama su sudor continuamente sobre la tierra; pero ¿por qué el hombre debe trabajar? he aquí la cuestion. Si se consulta el parecer de los filósofos cuyos pensamientos no están dirigidos por el Verbo hecho carne; si se leen sus libros, si se escuchan sus discursos, veremos que todos van á parar á la extraña fórmula «el hombre trabaja para gozar.» «El hombre tiene necesidades, y la sa-



tisfaccion de sus necesidades es el goce.»

Y e te destino asignado al trabajo del hombre por teóricos y prácticos naturalistas, panteístas, ateos ó materialistas, no es un vano capricho de la fantasía, no es una opinion casual; es el resultado lógico de todos los grandes errores sobre el hombre, sobre su origen y su destino. Si el hombre no es más que un animal perfeccionado, ó una máquina organizada; si la materia le gobierna y sus instintos le conducen; si su deber no es más que un fantasma abstracto y su conciencia un espectro vacío, es evidente que para él, el trabajo será un mero esfuerzo para alcanzar el goce.

Consideremos esta fórmula, trabajar para gozar, filosófica, moral y socialmente y hallaremos que es la negacion insolente de la naturaleza del hombre y de la esencia de su vida; que es el olvido del hombre para recordar el animal; que es la negacion de la virtud y del orden moral; que es una ampliacion de la antigua fórmula *trabajar para vivir*, origen de la esclavitud más degradante. El esclavo del paganismo antiguo era el animal racional, que obtenia de su amo la facultad de vivir; el esclavo del moderno paganismo es el mismo animal que obtiene la facultad de gozar.

Pero aun prescindiendo de ciertas consideraciones de un orden superior, no es difícil entrever á donde conducirá á un pueblo la práctica universal de esa fórmula filosófica, moral y socialmente desastrosa. Término de ella es la relajacion de toda energía humana, y el progresivo enflaquecimiento de todos los poderes trabajadores y la esterilidad y la miseria más espantosa.

Cuando el trabajo tiene por objeto una cosa superior; cuando el trabajador suda movido por una santa ambicion; cuando acepta su trabajo en cumplimiento de un deber y como ley de su vida; entonces se comprende que tenga razon de trabajar. Y que venga el goce ó el sufrimiento, que le asedie la desgracia ó le eleve la fortuna, seguirá trabajando aun cuando no recoja con sus manos encallecidas, el pan que sembró en surcos bañados con sudor; porque trabajar es su deber, su vocacion y su vida.

De otra manera ¿cómo y para qué trabajaria? ¿De qué sirven los medios como no sean para alcanzar el bien? Y alcanzado este ¿qué buscará más allá el trabajador? Una vez enriquecido ¿para qué trabajar más si puede ya gozar cual se le enseña? Así se ve cómo esta teoría paraliza en un momento todas las fuer-

zas del trabajo y retira del gran movimiento que crea la misma riqueza, las fuerzas más vivas y las actividades más inteligentes. Así se ve cómo lleva á los trabajadores hasta la cumbre de la holgazanería más ilustre, convirtiéndoles en consumidores escandalosos y en soberbios indolentes que solo saben saborear con el deleite del reposo las embriagueces de un goce estéril, siendo unas brillantes nulidades en medio de nuestras sociedades.

Pero el más temible resultado de esta teoría sobre el trabajo, es la amenaza de las convulsiones sociales siempre suspendidas sobre nuestras cabezas; es la explosion del volcan revolucionario siempre dispuesto á reventar bajo nuestras plantas. Porque el pueblo trabajador aleccionado con tan absurdas enseñanzas, se lanza á la calle en son alarman-te y se derrama por las calles y plazas buscando un medio de poder gozar, cuando un obstáculo detiene la marcha del trabajo. El primer dia en que falta el jornal, quedan hambrientas y temblando esas muchedumbres que desean tan solo gozar, y se oye resonar en las grandes ciudades ese murmullo popular, parecido al ruido del trueno que anuncia la tempestad. Y es que se ha trabajado solo para gozar y se han devorado todos los frutos del trabajo conforme iban naciendo, y ha sobrevenido la miseria y el hambre más espantoso.

No sucederá así empero, en aquellos pueblos en donde se considera el trabajo como una ley, un deber, una perfeccion de la vida; en donde la inteligencia esplendor, el cuerpo elasticidad, el alma grandeza, la voluntad energía, todo el ser virilidad. Porque el trabajo es ley tan suprema, funcion tan necesaria, deber tan radical, que no podemos sustraernos de ninguna de estas tres cosas sin degradarnos y castigarnos con un suplicio mucho más doloroso que el mismo trabajo.

Con este fin, dado, pues, al trabajo por el cristiano, se trasfigura á sus ojos y se crea ambiciones elevadas, porque el hombre nació para el trabajo como el pez para el agua, como el ave para volar. Y trabajando siempre, la sociedad entera recojerá hasta el último fruto de esas vida sometidas á esa ley; vidas siempre fecundas que producen en toda estacion y que reverdecen y germinan aun cuando van declinando; vidas semejantes á esos árboles robustos y fuertes que guardan para el otoño su más rica savia y sus más suaves frutos.

¡Ah y qué magnífica perspectiva ofrece un pueblo cristianamente trabajador! Ayer en el campo trabajando encorbado, hoy en el tem-



plo levantando el corazón al cielo; ayer en la sombra y envuelto en el humo de ese trabajo que le pone al servicio del hombre, hoy á la luz y entre el brillante incienso que embalsama esas hermosas fiestas: ayer sufrió quebrantos, dolencias y amarguras, hoy experimenta consuelos y alegrías del espíritu. Mañana, ese mismo pueblo que hoy reposa, se levantará á los primeros albores de la aurora, y con la alegría en el corazón y el vigor en los miembros, continuará su trabajo con el mismo afán que le habia suspendidos.

Y es que el cristianismo de la religion sublime es capaz de llevar á cabo en la humanidad el perfeccionamiento de todas las clases sin distinciones ni gerarquías. Es que los dorados frutos de virtud y santidad que del tronco secular de esta religion y sus siempre verdes ramas han producido, son el alimento más sabroso que las generaciones gustaron.

## I. Q.

Á LA DESCONSOLADA MADRE

## DE LA TIERNA MARÍA,

muerta en la alborada de su vida.

Nunca te ví, ni tu acento  
lleno de ternura y calma,  
despertó en mí un sentimiento,  
y hoy te vé mi pensamiento  
y te recuerda mi alma.

Feliz tú, que al espirar  
en la aurora de tu vida,  
no comprendiste el pesar,  
y has partido sin llorar  
una esperanza perdida.

Feliz tú, que hasta la altura  
fuiste de la dicha en pós,  
dejando tranquila y pura  
este valle de amargura  
por la morada de Dios.

Eloisa Gonzalez.

D.<sup>a</sup> BLANCA DE CASTILLA.

(Continuacion).

La infanta doña Blanca salió para Francia acompañada de su padre y de una lujosa comitiva de los principales señores de la corte; comitiva que le sirvió de escolta hasta la misma frontera del reino. Felipe Augusto salió con su hijo á arrecibirla hasta Burdeos, y en compañía de varios prelados, guerreros y personajes de las dos naciones, pasaron á Port-Mort, cerca de

Chateau Gaillard, donde se habian de verificar los régios desposorios.

Apesar de que el casamiento se celebraba lejos de la capital, nada faltó sin embargo de cuanto pudiera solemnizarle. Festines, bailes, torneos y cuantos festejos pudieron discurrir los reyes y los principales señores de Francia é Inglaterra allí congregados, se sucedieron sin descanso en obsequio de los dos jóvenes esposos, que á los catorce años de edad recibieron la bendicion nupcial de mano del arzobispo de Burdeos. La joven princesa de Castilla era el principal objeto de las atenciones de todos; la maravillosa blancura de su tez que tan bien cuadraba con su nombre, y su encantadora amabilidad preveían desde luego á su favor. Por esto la marcha hasta París fué una aclamacion continua y la entrada en la capital un triunfo en que todo el pueblo francés saludó con entusiasmo á la que tanto habia de ilustrar sus fastos, y á la que hoy mismo no puede recordar sin profundos sentimientos de gratitud.

## II.

A las dos de la madrugada de un sereno día del mes de Abril del año de 1203, una barca, deslizándose en silencio por las olas, llegó delante de una poterna abierta en los cimientos de la torre de Rouen á orillas del Sena. Abrióse á breve rato la puerta, y á la siniestra luz de una antorcha que en el interior brilló por un momento, se pudieron distinguir tres personas que entraron en la barca. Llegó esta á un paraje oscuro y recóndito del rio; oyóse un quejido lastimero y enseguida cayó con sordo estrépito en el seno de las aguas el cadáver de un joven que llevaba una gran piedra atada al cuello con una soga. Este desdichado era el joven Artur de Bretaña, hermano de Eleonora de Inglaterra y sobrino del rey Juan Sin-tierra, el que no contento con usurparle sus derechos, acababa de quitarle inhumanamente la vida.

Artur de Bretaña era el amigo íntimo de Luis VIII, esposo de doña Blanca, era el compañero de su infancia, su hermano de armas, y sin su funesta muerte hubiera sido bien pronto su cuñado, pues Felipe Augusto, protector de los derechos de Artur, tenia concertado casarle con María, hermana de Luis. Con tales antecedentes, la muerte del joven Artur alteró la paz que se llegó á creer asegurada entre Inglaterra y Francia. En este reino la corte se vistió de luto; Juan Sin-tierra, en calidad de duque de Normandía, fué citado ante los tribunales como traidor, villano y asesino; el pueblo lamentó la



muerte de Artur; pero Luis VIII juró vengarle.

Esta resolución del príncipe y su designio de pasar á Inglaterra alteraron la quietud y felicidad que doña Blanca había gozado hasta entonces, consagrada enteramente al amor de su esposo y viviendo casi siempre en el modesto retiro de Poissy, donde dió á luz su primogénito Felipe. La expedición que su marido proyectaba la obligó á trasladarse á sitios donde mejor pudo notarse la grandeza de su alma y la energía de aquel carácter español, heroico y entusiasta. Ella no acompañó á su esposo Luis; pero en cambio trabajó en favor de sus proyectos mejor que si le hubiera acompañado. La expedición que al principio consiguió notables victorias, empezó á experimentar reveses: la tempestad dispersó las naves francesas, y los barones ingleses olvidaron sus quejas y desavenencias para defender ante todas cosas su país. Entonces Luis VIII llegó á verse realmente apurado; le eran precisos pronto socorros, pues hasta le llegó á faltar el dinero para pagar á las tropas. Recurrir á solicitar el auxilio de su padre era indispensable, y sin embargo, como que Felipe Augusto había siempre desaprobado altamente aquella expedición, pocas esperanzas había de conseguir lo que se deseaba. En tal situación Blanca coge á sus dos hijos, Felipe y Luis, últimamente nacido en 1215, y se presenta delante del abuelo, pálida y agitada por una profunda emoción.

—Señor, le dice, ¿tendréis valor para permitir que vuestro hijo perezca, solo y abandonado en tierra extraña?

—Sabeis que nunca he aprobado su expedición y que además es el mismo soberano pontífice el que la reprueba.

—Enviadle al menos lo que le pertenece; la parte que le corresponde de vuestra herencia.

—Te aseguro, Blanca, que nada haré por él.

—¿Nada hareis? contestó Blanca despechada... pues yo bien sé lo que he de hacer.

—¡Tú! ¿Pero que es lo que intestas?

—El Señor ha bendecido nuestro matrimonio con estos dos hermosos niños y ahora mismo voy á ponerlos en prendas para obtener lo que necesito. Venid, hijos míos, vamos á ver si hay quien me preste dinero sobre los hijos de su rey.

—¡Blanca! ¡Blanca! exclamó Felipe Augusto para detenerla. Ahí están todos mis tesoros á tu disposición, toma de ellos cuanto necesites.

—Señor, contestó Blanca en extremo gozosa, eso está muy bien dicho. Ahora sí que habeis hablado como padre y como rey.

### III.

Por este y otros sucesos que refiere la historia, se viene en conocimiento de que el rey Felipe Augusto llegó á tener más cariño á su nuera doña Blanca que á su mismo hijo Luis, pero éste, tiernamente amado de Blanca, tenía en ella una poderosa intercesora. El rey Felipe Augusto, ya en sus últimos años, y en especial desde la muerte de su nieto Felipe que murió de once años de edad, cambió enteramente su método de vida: al ardor bélico que caracterizaba al vencedor de Bouvines, sucedió la necesidad de reposo y el deseo de la paz. Entonces doña Blanca no se separaba de su lado: no se emprendía cosa sin que diera su dictámen, hijo siempre de la prudencia, y hasta se la consultaba en los proyectos de mejoras materiales y embellecimiento de París, que era entonces la principal ocupación del anciano rey. Su muerte acaecida en 1223, pasó la corona á las sienes de Luis VIII, cuya consagración, así como la coronación de su esposa doña Blanca, se verificó en un mismo día con toda la pompa y magnificencia de los antiguos reyes cristianísimos. La misma influencia que había tenido doña Blanca con el padre, siguió teniendo con el hijo. Para ella nunca estuvieron cerradas las puertas del consejo real, y Luis VIII ocupado en continuas guerras con los herejes y con los ingleses, abandonaba con entera confianza en manos de su esposa las riendas del gobierno. Corta fué la vida del príncipe y más breve todavía su reinado: su última hazaña fué la toma de la Rochela, de que se apoderó después de una obstinada defensa, y las fatigas y la enfermedad mortal, vinieron luego á postrarle en el castillo de Montpensier en Auvernia.

Cuando la reina doña Blanca, ansiosa de ver á su esposo se dirigía hacia este castillo, precedida del joven Luis que se adelantó á galope para abrazar el primero á su padre, así el hijo como la madre quedaron sorprendidos y consternados con la funesta nueva que salió á participarles el canciller del reino.

—¡El rey ha muerto!... ¡Viva la reina!

Esta era la exclamación de los que se consolaban de la pérdida del rey, sabiendo que dejaba encomendado á su esposa el gobierno de la Francia, durante la menor edad del joven Luis.

Doña Blanca á quien su intenso dolor no pudo distraer un momento de lo que debía á sus hijos y á la Francia, convocó á los prelados y magnates que habían asistido á la muerte de su esposo y les hizo prestar testimonio de como efectivamente había sido su voluntad que ella



se encargase de la regencia. Fortalecida con este testimonio y con el testamento de su marido, precauciones que no estaban demás, atendidas las intrigas y oposicion que podian suscitar los príncipes de la sangre, empuñó decidida las riendas del gobierno, para manifestar toda la firmeza de su carácter. Curioso es, por cierto, contemplar á la mujer esclava de sus deberes, á la jóven sometida á su esposo, como un modelo de sencillez y de ternura, ostentarse ya cual matrona de ánimo varonil, superando todas las dificultades de su posicion y gobernando gloriosamente á la Francia.

## IV.

En dos principales y solemnes ocasiones fué doña Blanca de Castilla, regenta y gobernadora del reino de Francia: la primera, durante la menor edad de su hijo Luis IX, hoy reverenciado con el nombre de San Luis, y la segunda, durante la ausencia de este mismo rey en su expedicion á la tierra santa.

Durante una enfermedad de sumo peligro, hizo voto el santo rey de ir á combatir contra los infieles, si sanaba de su dolencia. Apenas esto se verificó, ya puso por obra el cumplimiento de lo ofrecido, y en compañía de su esposa Margarita de Provenza, de sus hermanos, de muchísimos señores y considerables tropas, se embarcó en Marsella en 13 de Mayo de 1249, con grande sentimiento de su madre, que cual si presintiese que no le volveria á ver, se desmayó en el momento de la despedida. La expedicion se dirigió primeramente á Egipto, donde desembarcó felizmente; consiguió algunos triunfos y se apoderó de Damietta; pero todo vino á malograrse con las crueles enfermedades epidémicas que ocasionaron la retirada y la ruina del ejército y la prision del mismo San Luis. Habiendo conseguido al fin su libertad mediante un crecido rescate, volvió á Francia; mas como nunca abandonase sus sentimientos religiosos y caballerescos y cada vez fuese más urgente atender al socorro de los cristianos de tierra santa, volvió á embarcarse para el Asia. También esta vez la expedicion se dirigió primeramente á el África; pero antes de realizar el proyecto de apoderarse de Tunez, el calor escesivo, las aguas corrompidas y malos alimentos, hicieron desarrollarse la peste en el campo de San Luis. Uno de sus hijos fallece víctima de la enfermedad, y él otro parece que está próximo á seguir á su hermano. El mismo San Luis es atacado de la peste y conociendo que su fin se acerca, llama á su hijo y despues de darle excelentes consejos espira postrado en humilde lecho en presencia de los guer-

rosos y señores que le habian acompañado en su infausta expedicion.

Jamás hubiera podido el santo rey abandonar la Francia ni realizar sus designios, sin el auxilio de la ilustre española á quien debía el ser y á la que dejaba encomendado el gobierno. Ni hubiera tampoco sido inscrito en el catálogo de los Santos, sin la educacion que recibió de su madre, que antes que el arte de gobernar, le enseñó el ejercicio de la virtud, de un modo tan digno de la que preferia verle muerto antes que contaminado por la culpa mortal. La Iglesia misma, en las oraciones con que festeja á este Santo, declara que sus virtudes fueron debidas á la educacion de su madre, y todos los historiadores franceses están contestes en que á ella es debido que su monarca fuese santo, legislador, guerrero y al mismo tiempo padre de la patria.

Durante el tiempo en que se halló sola al frente del gobierno, todas las intrigas se desvanecieron con su entereza, todas las viles calumnias se estrellaron ante la pureza de su vida. Ella corrigió abusos, evitó injusticias y fundó un asilo para jóvenes desamparadas y expuestas á la seducccion. Ella facilitaba cuantiosos auxilios á su ausente hijo, y ella en fin atrajo sobre la Francia las bendiciones del cielo.

No llegó á presenciar ni saber la muerte de su hijo, pues esta ilustre reina murió en Chastenay en 1852, pero el sentimiento de su ausencia, el mal éxito de una expedicion que ella habia siempre mirado con disgusto, y la idea de que San Luis no volveria á su lado produjeron aquel mal de languidez que la llevó al sepulcro, con sentimiento universal de la España y de la Francia.

Grato es para los españoles ver en los historiadores franceses los unánimes elogios de esta princesa y decir con ellos, que doña Blanca de Castilla, dotada en el más alto grado del talento de gobernar, unia la grandeza de alma con la sensibilidad, y que generosa, económica, hábil y franca, puede presentarse noble y gloriosa á la posteridad.

F. Fernandez Villabrille.

A MI AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

D. FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

## FIN DEL AÑO.

¿Dónde vás caminando  
con paso lento,  
lengueta la blanca barba  
largo el cabello?  
Detente año,  
vamos á echar tranquilos  
los dos un párrafo.



Pobre, triste y doliente  
 ¡cómo te encuentro!  
 Joven ayer y hermoso  
 hoy ya muy viejo,  
 Es bien probado;  
 de la cuna á la tumba  
 solo hay un paso.

—  
 Cómo corren los días  
 y el tiempo huye!  
 como la vida brota!  
 como se hunde!  
 Madre sin alma  
 á los hijos devoras  
 de sus entrañas.

—  
 Deten aquí tu planta,  
 viejo año mio,  
 bien sabes que hace tiempo  
 somos amigos;  
 no te des prisa  
 que es muy corta la senda  
 de nuestra vida.

—  
 ¿Dónde están escondidas  
 aquellas aves  
 que poblaban las selvas  
 con sus cantares;  
 las armonias  
 de hojas, fuentes y flores  
 que se perdian...

—  
 Donde la fresca rosa  
 de aromas miles,  
 la trepadora yedra  
 y los jasmínes;  
 la doble malva  
 el estruendo ruidoso  
 de la cascada.

—  
 Aves, flores y fuentes  
 ya no murmuran...  
 la tumba donde marchas  
 esa es su tumba,  
 ¡que fugaz pasa  
 la alegría del ave  
 y la del alma!

—  
 Como tú tambien tuve  
 mi primavera,  
 en el pecho mis flores  
 que soñé eternas;  
 Hado inclemente  
 como á ti la alta cima  
 cubrió de nieve.

—  
 ¿Dónde vas caminando  
 con paso lento,  
 luenga la blanca barba,  
 largo el cabello?  
 Detente, año  
 vamos á hechar tranquilos  
 los dos un párrafo.

—  
 Detenerte no puedes  
 en tu carrera,  
 que son cortas las horas  
 de tu existencia;  
 ¡Ay viejo mio  
 cuantos ricos ensueños  
 mueren contigo!

—  
 De tu tumba su tumba  
 harán los años,  
 á mis dulces delirios  
 seguirán tantos...!  
 Como las olas  
 rodarán ilusiones  
 unas tras otras.

—  
 Fuiste sol que á los mundos  
 iluminaste;  
 de tu postrero día  
 llegó la tarde;  
 que las grandezas  
 cuando en el mundo brillan  
 no son eternas.

—  
 ¿De tu reinado breve  
 que me has dejado?  
 una ilusion marchita  
 y un desengaño;  
 en mi existencia  
 las esperanzas lejos  
 la tumba cerca.

—  
 Vas á morir muy pronto  
 sobre ese lecho,  
 si fuiste bueno ó malo  
 á lo hecho pecho;  
 en nuevos siglos  
 juzgarán tus acciones  
 viejo año mio.

—  
 En las blancas auroras  
 de otras edades  
 no podrás pobre viejo  
 jamás alzarte.  
 Cual tu no vuelven  
 las flores que el alma  
 nacen y mueren.

GABRIEL DE ENCISO Y NUÑEZ.



## EL DEPOSITARIO.

Los exploradores de la Sarthe han podido observar, á poca distancia de Alencon, una villa llamada Saint-Paterne, situada casi á la orilla del bosque, y á dos tiros de fusil de esta villa, los modernos edificios de una grande posesion rural cuyas tierras se extienden hácia la Tremaye. Esta posesion, que, vista su excelente cultura, podria pasar por una granja modelo, era, hay muchos años, la propiedad de un hombre rico é inteligente, pero singularmente temido en el país. Llamábase M. Loisel. Alistado á la edad de quince años en la primera insurreccion de la Vendée, habia sobrevivido á los desastres de su partido y venido á establecerse á la Sarthe, donde adquiriera propiedades considerables.

Bien que tuviese sesenta años, el dueño de los *Viviers* (este era el nombre del dominio), no habia perdido nada de su ardor para aumentar lo que ya poseia. Vengador implacable de los menores atentados contra sus derechos, llamaba en su auxilio por cualquier motivo, la más rigurosa justicia; por tanto se le aborrecia casi tanto como se le temia.

El alba comenzaba á alumbrar los tejados de la granja, cuyas dependencias estaban todavía sumidas en la sombra; ningun ruido se percibia, y hasta los dos perros que sirvieran de guardianes, dormian con la cabeza apoyada en el borde del cajon que les servia de nicho. Las tapias del jardin dibujaban vagamente en la penumbra sus caballetes guarnecidos de vides, cuando se percibió un ligero ruido en la grande calle que las circundaba.

Dos mujeres avanzaban lentamente en compañía de un jóven, que marchaba con la cabeza baja y como abatido por un profundo disgusto. La de más edad conducia de la mano á la más jóven, no menos afligida que su compañero. y se esforzaba en consolarla con dulces palabras.

—Vamos, Rosina, valor! le decia con acento afectuoso. No se trata de una separacion eterna. Miguel volverá á reunirse con nosotras.

La jóven sacudió la cabeza.

—Sabeis lo que ha dicho mi tio? murmuró con voz entrecortada.

—Sí, continuó Miguel con amargo tono, mientras que M. Loisel me ha creído hijo del arrendador que me habia adoptado y educado desde la destruccion de mi familia, no he tenido de qué quejarme: ha sido para mí lo que para vos misma, severamente justo; pero desde el dia en que, por consejo vuestro, y con el ánimo de excitar su interés, le he descubierto mi verdadero

nombre, parece haberme hecho odioso para él. Siempre ocupado en cogerme en alguna falta, parecia no esperar más que la ocasion de despedirme de la quinta: el conocimiento de nuestro amor le ha servido de pretexto.

—Decid, de causa, Miguel, replicó la madre tristemente. Ay de mí! mi hermano padece la enfermedad de casi todos los ricos, el desprecio de la pobreza! Pero qué os importa, ahora que no teneis que recibir sus órdenes? El porvenir se abre delante de vuestros pasos! Quién os impide hacer vuestra suerte como otros muchos! No habeis recibido de Dios la inteligencia y la salud? Tendreis de hoy en adelante un objeto más que alcanzar; no lo perdais nunca de vista, amigo mio; la verdadera inclinacion no se prueba con actos desesperados, sino con sostenidos esfuerzos; trabajad con perseverancia, mi hija os esperará.

—Me lo prometeis, Sra. Darcy! gritó Miguel deteniéndose.

—Os lo prometo, repitió la anciana con acento grave y enternecido. Razones cuya importancia habeis apreciado, me impiden permitir hoy este matrimonio. Debo á mi hermano la educacion de Rosina, todas las comodidades que gozamos hace diez años; tantos servicios nos imponen la obligacion de someternos á la voluntad de M. Loisel. Por otra parte, el buen sentido solo seria un obtáculo al cumplimiento inmediato de esta union. Rosina carece de fortuna, vos no teneis colocacion; es necesario ante todo asegurar el porvenir por medio del trabajo. Partir para Alencon, amigo mio; procurad merecer la confianza del honrado fabricante en cuya casa entreis, y no tardareis en aseguraros una posicion suficiente para que os confie la suerte de mi hija.

Miguel, cuyos ojos estaban preñados de lágrimas, estrechó entre sus manos las de la señora Darcy. Habia llegado á la extremidad de la calle de árboles que siguieran hasta entonces: la anciana abrió sus brazos al jóven.

—Separémonos aquí, dijo con acento conmovido; no tenemos ya otra cosa que decirnos y seria prolongar inútilmente la tristeza de la despedida. Vuestro caballo os espera, me habeis dicho en la puerta; partid, amigo mio, y pensad en nosotras.

Miguel balbuceó algunas palabras entrecortadas, abrazó á la madre y á la hija, y se internó bruscamente en una calle de travesía que conducia á otro ángulo del jardin.

Las dos mujeres permanecieron inmóviles en el mismo lugar hasta que el jóven hubo desaparecido; entonces tomaron tristemente el camino de su habitacion.



La partida de Miguel era, en efecto, casi tan dolorosa para la señora Darcy, como para la misma Rosina. Durante dos años que el joven tenia los libros y llevaba la correspondencia de de M. Loisel, habia podido apreciar sus cualidades, y comprender que la felicidad de su hija no podia confiarse á mejores manos; tambien habia visto nacer este amor con alegría, y se congratulaba con que su hermano no pondria á él nignun obstáculo; pero todo habia sucedido de distinto modo. Lejos de manifestar más deferencias á Miguel cuando supo pertenecia á una de las nobles familias á quien los desastres de la Vendée habian acarreado la ruina y la muerte, pareció desde este momento, verlo con disgusto, y apenas se enterara de sus esperanzas, cuando le amonestó fuese á prestar sus servicios en otra parte: la intervencion de la señora Darcy y las lágrimas de Rosina fueron inútiles. El propietario de los *Viviers* declaró que su sobrina no se uniria jamás con su consentimiento á un hombre sin fortuna y sin posicion; que queria, para ella, una alianza que robusteciese su propia importancia, y que las dos mujeres debian elegir entre el joven y él.

La despedida de Miguel ha dado ya á conocer á nuestros lectores cuál habia sido la eleccion. Sin renunciar á una union que aprobaba, madama Darcy juzgó necesario aplazarla. Gracias á su recomendacion, Miguel obtuvo un empleo en casa de uno de los más ricos industriales del departamento, y partia entonces, como hemos visto, para tomar posesion de él.

(Continuará).

J. de D. Ruiz.

## VARIEDADES.

### EL CORAZON DE PIO IX.

#### La casa paterna de Pio IX.

La energía y benignidad de que Pio IX está dotado, conservan, por decirlo así, sin cesar en equilibrio sus facultades. Su salud, despues de sufrir varias pruebas, restablecióse enteramente. Dios le conservará largo tiempo á nuestro amor filial y profunda veneracion.

Pio IX es el menor de sus hermanos existentes. Tiene todavía dos hermanos octogenarios: los condes Gabriel, de ochenta y cuatro años, y Cayetano, de ochenta. Su hermana, la condesa Benigni, cuenta setenta y siete años, conservando su lozanía. Su padre, el conde Jerónimo, murió á los ochenta y cuatro años; su madre, la condesa Catalina, á los ochenta y dos. En fin, su abuelo, el conde Hércules, vivió noventa y seis años.

La familia Mastai es numerosa. El mayor, el conde Gabriel, cuya esposa, la condesa Victoria, acaba de librar-

se de la muerte, tiene dos hijos: el conde Luis, casado con la princesa del Drago, y el conde Hércules, esposo de la sobrina del Cardenal Cadolini. El conde Cayetano es viudo sin hijos. El difunto conde José, antiguo capitán de gendarmes, muerto hace algunos años, no dejó sucesion; pero las cuatro hermanas, de las cuales solo vive una, dieron al Papa gran número de sobrinos, quienes le proporcionan tambien muchos resobrinos. Y no obstante, debe decirse para gloria del mismo Pontífice, esa pléyada de hermanos, hermanas, sobrinos y resobrinos, jamás costó un cuarto á la Iglesia. Ni un cargo, ni un empleo, ni una mision; nadie puede decir que la elevacion del Cardenal Mastai á la dignidad suprema proporcionase a los Mastai el más mínimo acrecentamiento de riqueza. Pio IX siguió los caminos de la perfeccion evangélica; llegó al despego completo de las cosas de la tierra, y apenas sentado en el solio de San Pedro no tiene ya familia segun el mundo, abraza con incommensurable ternura á la gran familia espiritual que Dios le concede. Ninguno de sus actos lleva el sello del favoritismo soberano, contra el cual tantas veces clamaron los enemigos de la Iglesia. El nepotismo que condenaron ya tantos santos Papas está recibiendo el último golpe.

Durante el viaje triunfal de Pio IX á las Romanías en 1857 llegó á Sinigaglia, donde pasó tres dias. Allí permitió por un momento hablar á su corazon, sin alterar en nada el inflexible rigor de sus principios. No quiso apearse en el palacio del Arzobispo, y trasladóse á la antigua casa paterna. Es una morada señorial en verdad, pero modesta, rodeada de callejuelas, oscura y oculta detrás de la casa de la ciudad. Escribió con los más minuciosos permenores á su hermano mayor todas las disposiciones tomadas para el tiempo de su permanencia. Dormirá en el cuarto donde su madre entregó el alma á Dios; celebrará los Santos Misterios en la humilde capilla de la casa; sus camareros Stella y Cenni se alojarán junto á él; en fin, todos los individuos de su familia, y los designa sin olvidar ninguno, pasarán á su lado en la hora de descanso y conversará con ellos; se informará de su estado, los amonestará é invitará al bien con palabras en que mezclará la inefable gracia del apóstol con la tierna y grata familiaridad del pariente. Piensan en Sinigaglia que el Papa va á colmar de magníficas dádivas á los Mastai, á sus hijos y nietos; pero no es así. Los hombres reciben cada cual un reloj, una tabaquera ú otros objetos semejantes; las mujeres camafeos ó algunos aderezos sencillísimos.

Uno solo, el conde Luis Carletti, recibe una corta cantidad de dinero, cien pesos. El conde Luis es un hidalgo pobre, hijo de una hermana del Papa, casado en el montañoso país de Arcevia. Pasa la vida cazando y por la tarde se divierte entre los religiosos; se presenta en Sinigaglia con su traje de terciopelo y botas de campaña.

La ciudad de Sinigaglia acusó al principio al Papa de parsimonia porque no le comprendió; mas luego supo que aquel mismo Papa dejaba crecidas sumas para fundar establecimientos públicos de caridad.

Tal es el gran Pontífice que la Sabiduría increada concedió por Jefe á la Iglesia.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo.